

## El silencio de los ahogados

La marea estaba alta. Las olas de gente rompían contra los escombros de aquella ciudad. Todas las personas se movían al mismo ritmo, como una corriente lenta pero constante que arrasaba con todo a su paso.

La niña llevaba semanas andando y ya no recordaba la última vez que había comido. La niña apretó el bulto envuelto que llevaba contra su pecho, lo meció ligeramente y continuó andando, en silencio.

Había perdido la voz. Desde que soltó la mano de su madre, un pitido ensordecedor la sacudía por dentro y le impedía articular palabra. Le habían bastado pocos horas sola para aprender que el silencio implicaba supervivencia. Así que andaba, sin rumbo, empujada por una marea de gente tambaleante.

Su hermanito tampoco gritaba, hacía días que había dejado de llorar, pero ella se negaba a soltarlo. Si le hubiese hecho caso a su madre, si no se hubiese distraído, su hermanito no desprendería ese olor nauseabundo y no estarían rodeados de caras desconocidas

La niña aguantó todo lo que pudo, pero una noche sus piernas le impidieron avanzar. Así que se sentó en el suelo y contempló a las personas avanzar, vió a los heridos y rezagados cerrando la marcha y cuando ya no vió a nadie, cerró los ojos y gritó. Gritó por su madre, por su padre, gritó por su hermana mayor, desaparecida en la primera noche, gritó por ella y por su hermanito, que jamás crecería. Gritó por las injusticias, por el dolor, por el sufrimiento. Gritó por todas aquellas que ya no podían y gritó también por los que les escuchaban y se regaban a actuar. Gritó hasta que se le rompió la voz, y cuando sus gritos se perdieron, lloró; porque una vez más, la corriente pasaba dejando ahogados por el camino.